

En torno al origen del lenguaje

Pedro Antonio García Obando *

IR

ánfora

Resumen: El siguiente texto presenta una hipótesis sobre la manera como pudo haber surgido el lenguaje. Más exactamente, se refiere a cierta condición sin la cual este fenómeno no hubiera hecho su aparición en el mundo de los hombres, los únicos de la especie animal que lo utilizan. Ese momento previo a la manifestación del lenguaje lo denomino aquí con el nombre «El momento de la comunión con el todo», pero también puede denominarse «El momento del eterno presente».

Espero mostrar que una de las características del lenguaje humano, cual es la arbitrariedad del signo en la manifestación de ese lenguaje como habla, no repele la hipótesis aquí presentada y, antes bien, concuerda con ella. No obstante, hay que precisar que, en su primera manifestación, el lenguaje comporta un carácter natural y no convencional. Para especificar este cambio del naturalismo al convencionalismo, pienso servirme de la teoría onomatopéyica sobre el origen del lenguaje. Extendida esta teoría, podrá entonces hablarse del lenguaje como la disolución del «Momento de comunión con el todo», condición previa a su manifestación.



* Licenciado en Filosofía y Letras. Director del Departamento de Pre-universitario: Universidad Autónoma de Manizales

1.1 El momento de la comunión con el todo

«La primeridad es lo que fue la tierra para Adán cuando abrió los ojos por primera vez, antes de hacer distinciones y de tomar conciencia de su existencia. La idea de primeridad es tan tierna que no puede tocarse sin que se dañe»

C. S. Peirce

Hay, según puedo ver, un momento previo a la manifestación del lenguaje. De la disolución de ese momento, como trataré de demostrar, depende nuestra comprensión sobre cómo pudo surgir este fenómeno.

Ese momento anterior a la manifestación del lenguaje lo denomino yo «El momento de la comunión con el todo». En este periodo, el hombre no distingue un mundo individual y suyo del mundo externo, y por lo tanto no puede emplear ninguna señal o signo para designar o denotar lo que a él se le opone, esto es, los fenómenos de la naturaleza. En su mundo, entonces, o mejor, en ese mundo desde aquí imaginado, no se evidencia para él esa separación entre su yo individual y el mundo que lo rodea. El mundo y él, por lo pronto, son una y la misma cosa, indistinguibles ambos para una «conciencia», estrechamente vinculados y por lo tanto, por qué no decirlo, mundos mudos. Dos mundos mudos son el hombre y las cosas sin el lenguaje.

Este momento de «La comunión con el todo» es semejante al que, según Freud, precede la constitución del principio de realidad en el niño. De hecho, la intuición aquí expuesta nace del texto que Freud escribió en 1932 y que lleva por título «El malestar de la cultura». También se encuentran referencias al respecto en su texto «Más allá del principio del placer», pero no pienso extenderme en esta analogía.

Vista así esta indisoluble comunión, le es imposible a este hombre presenciar al otro -al Alter- como ajeno a sí mismo. Pero sin esa presencia, entonces, sin ese reconocimiento del otro como ajeno a la conciencia, es imposible cualquier lenguaje, ya que éste siempre cae o está dirigido en su primera aparición a un Alter que no soy yo, es decir, a un mundo representado por otras cosas o por otros hombres distinguibles de mí.

Por lo tanto, el salto de esa indisoluble comunión del hombre con el mundo sería posible gracias al reconocimiento de lo ajeno en calidad de separable y distinguible. A la vez, tal reconocimiento nacería del lenguaje, pues éste, desde siempre, ha permitido separar, como algo esencial de suyo, el objeto señalado de la señal misma, incluso cuando de él se creyó que no era convencional. Como mostraré, era necesario que, en su primera aparición, el lenguaje se supusiera como no convencional, más en la mirada de los hombres que lo «descubrieron». Quizá sea este el momento de decir: El lenguaje, más que acercarnos a las cosas, nos aleja de ellas. ¿hay un dios maligno detrás del lenguaje? O detrás de las cosas? No en vano la filosofía se ocupó, y por largo tiempo, de tales cuestiones.

Pero retomemos el tema. Digo entonces que dicho salto tuvo que haber sido gradual. Pues en su primera manifestación es posible que el lenguaje se

hubiera confundido con las cosas que él mismo permitía señalar, como si la señal fuera inherente a la cosa, como si le perteneciera. Parodiando un poco a Borges podríamos decir: La palabra rosa, allá en sus comienzos, habría de confundirse con toda la rosa, la palabra Nilo con todo el Nilo, el silbido del viento era el viento y el sonido del río era el río.

1.2 La palabra como expulsión

«En la interlocución, de mi atise juega un drama: Aquel de la autorización. La pregunta o la aserción dirigida a otro se dobla siempre con una plegaria: Líbrame del abandono, permíteme ser de los tuyos»

Lyotard

Antes de que naciera la palabra, es decir, mucho antes de la «aserción» o la «pregunta», era esencial al hombre un vivir en el eterno presente. Siguiendo un poco a Lyotard en el epígrafe anterior, puede entonces decirse: La palabra dirigida a otro en el acto de su reconocimiento, no es otra cosa que la súplica -plegaria dice Lyotard- por salir del abandono, del eterno presente. La palabra entonces permite la salida de ese abandono y, a su vez, permite el reconocimiento del otro. Dice Lyotard:

Expulsando al extranjero, expulsas esta comunidad y tu te expulsas en ella,

es decir, te abandonas. Pues matando la figura de un alter, no sólo se prohíbe ese pequeño y hermoso don de la alteridad, sino que, sobre todo, se tira a la palabra de nuevo a su eterno presente, de donde fue necesario sacarla como pretexto para construir el significado de las cosas.

(Los) signos permiten designar cualquier objeto, real o no, exterior o interior, como su referente, y significar algo a propósito de este objeto. Esta significación, y es lo que nos interesa, está dirigida. (Lyotard)

Pero ¿a qué está dirigida? Voy a acercarme a esta pregunta del modo que sigue:



1.3. Del naturalismo al convencionalismo.

(primer momento de la disolución)

«La palabra no es más que un sustituto de la cosa que envía siempre de nuevo a su contrario. También está íntimamente ligada a la ausencia, al vacío, por esto el referente último de la lengua es la conciencia que a la vez ella representa. La palabra es la muerte de la cosa.»

Fernando Palacio

En esa situación indivisible de la relación «hombre-mundo», debió sucederle al hombre, en algún momento, algún tipo de extrañamiento, no sólo permitido por su instinto de conservación, sino, y sobre todo, presentado por la relación entre los sonidos de las cosas y las imágenes (acústicas?) que dichos sonidos le iban dejando en el cerebro. De este modo comenzaría a establecerse un abismo o rompimiento entre la comunión indisoluble del hombre con el mundo, y la sospecha inicial de que a las cosas les pertenecía, de suyo, cierto sonido. Ese primer momento de disolución producido por dos imágenes contrapuestas, es decir, por el sonido que se quedaba como imagen en el hombre y por el sonido perteneciente a las cosas, puede ser considerado como el momento inicial del origen del lenguaje.

La teoría de la onomatopeya, por lo tanto, tendría muchos aciertos, y sólo bastaría agregar lo siguiente: Si bien puede considerarse que los hombres buscaban reproducir los sonidos producidos por los animales, o los sonidos que acompañaban a los fenómenos naturales, paralelo a este momento tuvo que establecerse, aunque quizá de manera muy incipiente, la dicotomía entre los sonidos de las cosas y las imágenes que éstos dejaban en el hombre. Cómo, si no de ese modo, pudo el hombre intentar reproducir esos sonidos? Cómo si no un poco después de ese gran presentimiento que le anunciaba un mundo ajeno al suyo?.

La reproducción del sonido, por si sola, no nos permite decir que allí hay lenguaje; se requiere, entonces, no sólo de los sonidos, sino, además de reconocerlos y hacer evidente que ellos nos separan del mundo. Este reconocimiento tuvo que haberlo hecho el hombre, lo hizo en parte gracias a los sonidos y desde entonces puede hablarse del lenguaje.

Ahora bien, la teoría de la onomatopeya permite también explicar la gradualidad a la que nos hemos referido antes.

En efecto, es muy posible que los primeros hombres atribuyeran, como algo natural, los sonidos de los fenómenos a éstos mismos, como si les pertenecieran, y que por lo tanto, al principio no distinguieran el sonido como ajeno al fenómeno al cual se refería. En esta forma era posible explicar un número muy limitado de palabras, por lo que se observó que el elemento de imitación podía consistir no en el sonido mismo, sino en el movimiento de los órganos de fonación. Este salto fue el último en la escisión de la comunión con el todo. Desde entonces, las palabras viven en las cosas del mundo y allí las ponemos con alegría.

«Los hombres se inventaron el lenguaje cuando no lo pudieron decir todo».